

MARÍA TERESA PADILLA LONGORIA

POSIBILIDADES Y LIMITACIONES DEL HOMBRE CONTEMPORÁNEO

Ha aparecido un libro que hace frente, en forma filosófica y, en concreto, éticamente, a la problemática del convulsivo, del paradójico mundo contemporáneo. El término individualismo va a ser empleado por la autora en dos sentidos: 1. como obstáculo para el desarrollo de los valores que, teóricamente, se defienden como derechos humanos o democracia y 2. como valor en sí mismo, que nos muestra el desarrollo y la autonomía de la persona que se resiste a ser difuminada en la tiranía de las relaciones mercantiles de consumo o de la publicidad.

Camps profundiza en el tema a través de doce apartados:

1. *Ambivalencias del individualismo*: ¿es bueno o malo ser individualista? Es un hecho que no hay ética sin libertad, esto es, sin la autonomía o conciencia moral de un sujeto en relación con su capacidad productiva, la cual entraña crear y aceptar, en libertad, normas de conducta. En este sentido, es condición y deber del sujeto moral la proyección de la propia valía para hacer de ella camino a seguir. Ésta es la acepción filosófica y positiva del término individualismo. Pero, en el lenguaje cotidiano, el individualismo es el principal obstáculo para cualquier proyecto común o ideal social. Este individualismo negativo es insolidario, indiferente a la justicia; anticuadano, pues es incapaz de preocuparse por los asuntos públicos. Dicho individualismo dañino se manifiesta, básicamente, en dos áreas: a) *La política*. A este respecto, la autora nos cuestiona sin ambages: ¿es política eso que hoy hacen los políticos?, ¿de veras el trabajo nos humaniza?, ¿los medios de comunicación tenían el propósito que hoy tienen?, ¿cuál es la esencia de la cultura?, ¿son de buen augurio los nacionalismos?, ¿la llamada racionalidad económica hace posible ser razonablemente humanos?, ¿cuál es el sentido del derecho de todos al trabajo?, ¿quién es el responsable de su casi nulo significado?, ¿la política distributiva es inexistente?, ¿le estamos dando al trabajo una posición axiológica que no le corresponde?, ¿estamos aplicando bien la innovación técnica?, ¿valoramos en toda su

amplitud el tiempo del ocio? Más aun, dice la catedrática catalana, son preguntas sin respuesta, ya que, sólo por excepción, se plantean seriamente en forma comprometida y, por ende, consecuente. En la misma línea: nacionalismo y superestatalismo (integración de naciones en entidades mayores) ¿son dos fenómenos paralelos, pero irreconciliables? b) *La comunicación*. Hay muchos medios de comunicación, pero cada vez menos comunión. La comunicación meramente tecnificada vale para sí misma y nada más se inclina ante el poder económico. El mundo de las comunicaciones nos ha hecho ver que, universalidad (unidad de lo diverso) e individualismo no se contraponen. Existe, por tanto, el derecho a la diferencia. No obstante, estas diferencias se defienden mientras no representan sacrificio. Desgraciadamente, hay un proceso de estandarización (americanización, como lo denomina Camps, lo cual no es preciso porque todos los habitantes del continente americano somos americanos) que engulle la totalidad de las culturas, el liberalismo económico ha propiciado la uniformidad educativa. Ante la avalancha de lo homogéneo, de lo cuantitativamente programable, los hombres añoramos el mundo de la cualidad, de lo personal, de lo hogareño. El consumismo mercantilista invade todas nuestras esferas de elección, incluso las espirituales; éstas dejan de ser apetecibles, si no se presentan como bienes de consumo.

Con base en lo anterior, concluye la filósofa, *la ética tiene que ser individualista*, en el sentido de que debe conservar al individuo como derecho —en tanto el propio individuo se autodetermina para lo que quiere y debe ser—, y como exigencia —en tanto responsabilidad individual ante los demás como ser humano.

El propósito de la autonomía moral es la realización de la humanidad, que tiene a la dignidad humana como fin. ¿Cómo lograr que esto se realice? Con una política *orientada* éticamente, es decir, de un modo justo y con la consciente colaboración de los individuos-ciudadanos. Sin embargo, los peligros de la realización de la autonomía son: la desidia,

la incapacidad del sujeto para distanciarse de las identidades impuestas y que anulan la creatividad; el miedo a ser auténticamente autónomo, es decir, a ejercer la capacidad de gobernarse a sí mismo.

2. *El egoísmo como prejuicio teórico*: el problema fundamental a este respecto sería —a juicio de la autora— el cómo tornar la voluntad egoísta en una voluntad universal, esto es, de fines compartidos. Dicho en otros términos: ¿cómo hacer concordante el interés propio y el interés común? Su intento de respuesta es el siguiente: abstrayendo a ese individuo de sus particularidades y convirtiéndolo, así, en mensajero de la razón universal. Haciendo gala de un profundo conocimiento de las filosofías moderna y contemporánea, Camps nos hace ver que el pensamiento moderno es de impronta laica y apoya la ética en su propia autonomía. Asimismo, la filosofía moderna sostiene que la moral no es innata, sino adquirida por la fuerza fáctica, es decir, la socialización inevitable. El que la moral sea natural no significa que sea irracional. Concluye diciéndonos que, si la ética quiere definir a la persona, únicamente podrá lograrlo si la entiende como una gama de contradicciones: egoísta, pero con la capacidad de altruismo; racional, pero razonable:

... el individuo sería una meta a lograr: la meta de llegar a ser uno mismo y no prostituirse, la meta de procurar que a ningún individuo le sea negada la posibilidad de llegar a ser lo que quiera ser. Ése es el principio fundamental de la ética que, con todo derecho, puede ser llamada individualista: la ética que [...] parte [...] de un individuo imperfecto y limitado, que necesita a los otros, pero que debe defender su individualidad. (p. 41.)

3. *La autonomía plena*: la autora entiende por autonomía moral la condición especial del hombre, en tanto ser racional, de darse a sí mismo normas de conducta, particularmente, *normas morales* que, a la manera kantiana, significan *normas universales*. Por ello, la autonomía es la síntesis de dos valores éticos: libertad e igualdad. Subraya Camps que hay derechos o valores universales, ya que es un deber de justicia el tornar ciertos asuntos en cuestiones de interés público. Asimismo, no es lícito tratar de convertir en universal lo que puede y debe respetarse como privado; tampoco es lícita la absoluta privatización de la moral, esto es, la nega-

ción de una moral pública que implicaría consentir con la carencia de unos objetivos y horizontes comunes a toda la humanidad, o sea, la falta de un humanismo global. No podemos vivir sin una "mínima" moral necesaria que nos autoexija, como individuos y como sociedad, el cumplimiento de derechos fundamentales para que se respete la dignidad de cada ser humano.

La autonomía o libertad positiva sólo puede ser entendida como un imperativo que comprenda a todos los individuos, es decir, que lleguen a tener una capacidad de esta misma índole de elegir, de decidir. Esto entraña otro imperativo: que el individuo no renuncie a su condición política de ciudadano con todo lo que ésta lleva ínsita. Por lo tanto, la autonomía plena es la libertad que genera la ley ajustable a criterios universales de justicia. Si bien no todo es permisible, sólo adquiere envergadura ética lo aceptado voluntariamente.

4. *¿En qué creemos?*: La pregunta central con la cual nos aborda la autora en este apartado reza así: ¿carecemos, hoy por hoy, de la capacidad de entusiasrnos en forma colectiva y de empeñarnos en empresas futuras o de unirnos ante el descubrimiento de unos mismos conflictos?

El valor fundamental y que constituye el punto de partida de cualquier ética es el ser-humano, esto es, hay que reconocer la dignidad de cada cual, independientemente de lo que sea o haga en la vida. El individuo es un ser autónomo con capacidad de decidir y tener las mismas oportunidades que cualquier otro. No obstante, la política predominante de hoy no parte de este valor básico, ya que:

... Ser liberal hoy es mantener un estatus moralmente poco claro. El liberalismo es sinónimo de una defensa de las libertades tan absoluta, que no es capaz de ver que el uso de las libertades nunca será igualmente posible para todos los que viven en una sociedad desigual. Una cosa es ser libre en teoría y otra bastante distinta poder usar esa libertad en la práctica. (p. 64.)

Camps insiste: ¿creemos o no creemos en los valores morales? Su tesis a este respecto sostiene que la moral es una creencia (razones básicas) y, en este sentido, nos constituye, puesto que somos limitados.¹ Sea como sea, esa fe en la ética debería ser, ante todo, una fe

viva. La ética surge porque hay conflicto; lejos de resolverlo, descubre nuevos conflictos, los cuestiona y pone de manifiesto todas las complejidades, muchas veces pasadas por alto, en la práctica ciega o el discurso demagógico. La práctica ética es constante denuncia e insatisfacción —ideal permanente de autosuperación— de una existencia que nunca llega a ser "plenamente" ética.

5. *Miseria de la democracia*: Camps hace énfasis en el hecho de que la democracia no es una doctrina, sino un procedimiento que tiene como propósito tomar decisiones justas sobre aquello que debe o no debe ser hecho en el interior de una comunidad. No obstante, la democracia presenta tres miserias encubiertas (en cuanto tiranía de la mayoría): 1a. la minoría nada tiene que hacer en una democracia y la mayoría no es lo que parece, sino la mera capacidad manipuladora de quienes operan los procedimientos políticos; todo esto influye en la 2a. gran miseria de la democracia: la indiferencia y el desinterés por la política o deficiencia de la democracia. Y 3a.: si bien la democracia es el sistema de gobierno más justo, *no asegura, en ninguna forma, resultados justos*. Por tanto, propone la filósofa española, es necesaria una doble democratización para ir superando estas miserias: a) la de la sociedad civil, que significa el igualar las desigualdades más insultantes y, b) la del Estado, que implicaría repartir su poder más equitativamente. Ambas entrañan una política y una economía que fomenten la justicia distributiva.

6. *Los límites de la participación*: la baja y, a veces, casi nula participación ciudadana, es una muestra clara del descrédito de la política moderna. Éticamente, la participación es positiva, puesto que entraña *igualdad* e implica, también, *obligación*; dos elementos sin los cuales la democracia es una falacia. Si se reclama mayor participación es porque esto equivale a exigir mayor igualdad. Ambas, participación e igualdad, son dos "reivindicaciones paralelas". Sucintamente: la igualdad política es una mentira y no se mantiene si prevalece la desigualdad social y económica. La participación es un deber, produzca o no obligación política —es obvio que la producirá, solamente, mientras sea satisfactoria. Asimismo, la obligatoriedad de la participación se da para todo individuo que acepta el hecho de que la democracia es una manera de gobierno bajo la cual es positivo vivir. El reducir los grupos (dividirlos) para propiciar la participación se ha presentado como el único remedio, hasta el presente. Esa

solución es de doble filo. Ahora veremos —a juicio de Camps— por qué.

7. *La fiebre de los separatismos*: los proyectos nacionalistas actuales son equívocos, puesto que están muy alejados de los propósitos políticos que configuraron el nacimiento de los estados nación a finales del siglo pasado y principios de éste. Indica la autora que MacIntyre denota a su vez que, en la *polis* griega, el individuo se sentía, ante todo, ciudadano; su fin y felicidad eran la ciudad y la justicia. Hay una base común de la que afloran unas normas compartidas. El individuo moderno no puede entenderse más que como individuo —al intentar construir una moral desde el egoísmo— y tiene que edificar y explicarse, a sí mismo, la causa de esta obligatoriedad moral. Esta razón queda sin respuesta por la carencia de una base comunitaria: "... Sólo a partir de una comunidad —de sentido y de valoración— será posible recuperar una definición de persona convincente —como lo fue para los griegos su autocomprensión como ciudadanos." (pp. 115-116.) Ante la realidad que deja al individuo desamparado y desorientado, la pertenencia a una comunidad le proporciona normatividad y fines (*telos*); esto dibuja un carácter (*ethos*), que hay que ir forjando. Todos estos elementos dan una identidad individual de la que otros carecen. Pero ¿cuáles son las paradojas del nacionalismo? Camps destaca tres: 1a. la identidad colectiva que degenera en voluntad de dominio; 2a. la "normalización" de los miembros de esa nación que decline en homogeneización y, 3a. el desprecio del otro.

Igualmente, nuestra filósofa denota lo siguiente: puesto que la ética es el descubrimiento del interés común, la cuestión es ésta: ¿constituyen los nacionalismos, la tendencia a formar colectividades o comunidades más reducidas, el mejor modo de superar el egoísmo individualista? ¿Es la vía comunitaria o la de los nacionalismos la más indicada para hallar el interés común de la humanidad? Finaliza este apartado diciendo: "... Así, pues, habrá que concluir que la autodeterminación postulada por los nacionalismos no es un valor en sí, sino un valor subsidiario, dependiente de la bondad que persiga y se haga con ella." (p. 121.)

8. *Una sociedad de incomunicados*: indudablemente, la comunicación es un logro de nuestro tiempo; esto implica la constatación de una necesidad humana producto de nuestra limitada naturaleza. Pero, ¿es real la comunicación? Nos comunicamos más y mejor; empero, si-

¹ Cfr. Luis Villoro, *Creer, saber y conocer*, Siglo XXI, México, 1982, caps. 3 y 4.

multáneamente, nuestras sociedades muestran signos claros de incomunicación: individualismo feroz, competitividad, insolidaridad, racismo, intolerancia. La comunicación —paradigma de nuestra cultura— es un concepto equívoco. Hace referencia a la facilidad informativa por la que sabemos más “cosas”, pero así también somos más conscientes de nuestras limitaciones. Aunque el término comunicación aun debería designar la existencia de una relación interpersonal en plenitud, la realización de la convivencia. Desgraciadamente, la comunicación y la comprensión interhumanas no han mejorado por el hecho de que las comunicaciones sean más rápidas y fáciles. De hecho, lo que hoy llamamos “cultura de la comunicación” es “una cultura de la imagen”. Hay que hacerse ver, no escuchar. Hablar de comunicación cuando nos referimos a los medios es impreciso. Los medios *informan*; informar es un acto unilateral. Comunicar implica comunión, comunidad, reciprocidad; por lo menos intercambio bilateral o activo entre emisor y receptor. No toda la información tiene la misma calidad. Pero la urgencia de los medios por “informar” hace que la exactitud, la profundidad y el rigor se sacrifiquen por la eficacia. La cantidad de información que se produce diariamente amenaza, de modo permanente, su calidad. Los llamados “profesionales de la información” dominan la técnica de la información, pero no siempre son conocedores ni expertos en los contenidos sobre los que informan. La información sería una base que propiciaría la comunidad si, de veras, fuera buena información, es decir, de *calidad*. La buena información es aquella que sabe ser autónoma y no se preocupa, únicamente, por su éxito comercial, sino que tiene por propósito concatenarnos con los intereses reales de la sociedad.

¿Cómo propiciar una ética de los medios? La autora sostiene: partiendo del hecho de la “ganancia” de la libertad de expresión, la principal preocupación de una ética de la información será la *responsabilidad* de los medios. El criterio de responsabilidad es la justicia y, en ese sentido, sería el que sirve de interés común de la sociedad.

9. *El sentido del trabajo*: el problema central que nos plantea Victoria Camps con respecto al tema es: ¿cuál es el origen de la idea de que el trabajo es la fuente de la identidad y de la autorrealización humanas? El trabajo, como la mayoría de las cosas en el mundo post-industrial, se ha mercantilizado; como tal, ya no hay trabajo que valga más que

otro, vale más el que es mejor pagado. El trabajo —tanto para el profesional como para el trabajador— es esclavizante, en diferente forma e intensidad, pero al fin y al cabo, subyugante. Es un hecho que el modelo actual del trabajo imposibilita la unificación de las razones de la vida individual y las de la vida profesional. ¿Cómo liberar el trabajo? Propone la filósofa: a) con la distribución solidaria del trabajo que “cree sociedad”; b) con la desmitificación del trabajo vía la tecnología, pues ya no tendría que ser la principal ocupación vital y, c) con lo que Marx denominó “el libre desarrollo de la individualidad” debido al aprovechamiento del tiempo liberado.

La mayoría de los trabajos enajenan, pues pertenecen al “reino de la necesidad”. Emanciparse (humanizarse) a pesar del trabajo, significa ser autónomo (capaz de elegir); la autonomía no es plena libertad humana si no toma en consideración al otro-yo. La técnica nos humanizará cuando la empleemos como vía de cohesión, de concordia interhumana y de autonomía interna y vital.

10. *El discurso de la calidad*: el discurso de lo “cualitativo” es propio de las sociedades desarrolladas que no tienen que preocuparse por lo imprescindible, sino porque lo necesario sea inmejorable. No obstante, la reivindicación de la excelencia puso de manifiesto que el mero avance técnico no se une, automáticamente, al progreso general y completo.

El homogeneizar las formas de vida —como nos sucede hoy en día— es una amenaza para el tiempo de ocio que queda reducido a tiempo para el consumo compulsivo, para la mera adquisición de la “oferta” cultural o festiva existente. Esto ocasiona el individualismo más perverso que implica la despreocupación por el otro.

Destaca Camps que el hombre del Renacimiento era valorado por su capacidad para enseñar a vivir. La formación renacentista se opone a la especialización actual, pues el ideal humanista consiste en esa capacidad de ser libre como pluralidad de posibilidades. Dignidad y calidad humanas se realizarán entre más capacidad y voluntad de distinción y diversificación haya. ¿Qué implicaría entonces la cultura?:

... Si es fundamental, para que el individuo lo sea de veras, que sepa distanciarse de lo que le dan hecho y que sepa utilizar la facultad de elegir y preferir, será igualmente fundamental para ese individuo que sepa pensar, que no le sea ajena la

lectura ni la escritura, que trascienda los vicios de la especialización, que contribuya a enriquecer y dignificar la cultura en todas sus dimensiones, priorizando lo que merece estar en primer lugar, no por su rentabilidad económica —cuantificable, otra vez, sino por su rentabilidad espiritual, si eso significa algo para nosotros. (pp. 173-174.)

11. *Burgués y ciudadano*: desgraciadamente, el ser humano ha dejado de ser el animal político del que los griegos hablaban con orgullo. La sociedad política actual es una mera creación contractual, necesaria sólo por la intrincación que ha adquirido la agrupación de individuos. No obstante, nada haría posible esperar de ellos una voluntad servicial que, de base, implica la entrega y dedicación a la cosa pública.

La sociedad burguesa no tiene de sociedad más que el nombre; es un grupo fragmentado en pequeños círculos privados (familia y profesión). El individuo es un aburguesado, sin ideales ni propósitos elevados, ajustado al pragmatismo económico y cotidiano. Las contradicciones de la democracia liberal se manifiestan en el hecho de que es más liberal que democrática. Ha liberado a unos cuantos de sus miembros, pero ha desfavorecido la igualdad que fuera garante de la libertad de todos. Estos seres “más iguales” no tienen aspiraciones, ideas para sí mismos o para el futuro de la humanidad. Viven al día, prisioneros de sus ambiciones materiales, sin posibilidad de contemplar, tranquilamente, nada.

La gran tarea de la política, si es que desea subsanar su deuda inmensa —democráticamente hablando—, es hacer que se genere la pasión que transforme al burgués en ciudadano con la conciencia cívica que entraña la capacidad de hacer suyos (como propios) los problemas que las ciudades albergan. Para Camps, hay que recuperar la idea estoica de que la búsqueda de lo personal debe abrir un doble camino: el reconocimiento del *lóγος* o razón universal y el reconocimiento de lo que cada uno tiene de diferente y único.

12. *El mercado como modelo*: el arquetipo mercantil puede ser contemplado —a juicio de Camps— como fuente de posibilidades, pero también como la raíz de muchas desigualdades. El valor central y fin principal del mercado es el dinero. De ahí que el mercado implica libertad pero no en la misma proporción para todos. El segundo gran defecto del capitalismo es que la libertad que

FONDO de cultura económica

lo invita a vivir los maravillosos mundos de sus autores en la literatura, ensayo literario y poesía:



▼ Carmen Bertrand
DÍAS ACIAGOS PARA
PAUCAR GUAMAN

▼ Maurice Leroy
LAS GRANDES CORRIENTES
DE LA LINGÜÍSTICA

▼ José Luis Rivas
RAZ DE MAREA

▼ Ilán Stavans
LA PLUMA Y LA MÁSCARA

▼ Herbert Wiesner
(compilador)
NUEVA LITERATURA ALEMANA
Antología de autores contemporáneos

▼ Empezamos con cultura económica
y hoy somos Cultura Universal

En el FONDO hay libros para...

genera es meramente negativa: entraña la ausencia de coerción, de imposiciones, a excepción de las exigidas para el funcionamiento del mercado mismo.

El mercado no tiene consideración por las personas. Y si no llegara más que a prevalecer este modelo mercantil, ¿cómo y quién hará justicia entre los humanos? ¿Será vano pretender una voluntad política de justicia en un sistema que fabrica seres alienados y carentes de pasión, con la sola voluntad de potenciar el propio juego que les favorezca? La autora propone que debe haber una función correctora que actúe sobre la sociedad, cuya economía sea el libre mercado, distinguiendo entre los valores que sean mercancías (cuantificables) de los que deben ser vistos y tratados en forma estrictamente cualitativa. La llamada lógica del mercado no debe aplicarse a todos los ámbitos de la vida social. Los servicios para el ciudadano han de dirigirse por el criterio de la igualdad de oportu-

nidades. La democracia requiere, por tanto, guiarse por principios éticos que se antepongan a los económicos. El político de verdad deberá regirse por criterios de justicia pero, simultáneamente, el ciudadano deberá ejercer su derecho de control político-democrático, su deber solidario con los menos favorecidos y, sobre todo, su inaplazable salvación como hombre que sería, es decir, el superar su propia alienación y avanzar hacia una liberación que sea lo más plena posible.

Concluye en forma terminante Victoria Camps: "La autodeterminación o la autonomía, condiciones de la elección ética, y por tanto, de la libertad positiva, sólo se consiguen tomando distancias frente a una realidad que amenaza con objetivar al individuo y convertirlo en una mercancía más." (p. 196.) ■

Victoria Camps, *Paradojas del individualismo*, Crítica, Barcelona, 1993. 201 pp.

MIGUEL BAUTISTA

EL ARTE COLONIAL COMO INGREDIENTE DEL ALMA NACIONAL

Francisco de la Maza, recordado maestro, fue un estudioso de las artes de México que con pluma de expresión elegante y ágil escribió memorables ensayos que son invitación al conocimiento de los monumentos de México, especialmente los del arte colonial.

Cerca de trescientos artículos y más de veinte libros hablan de los múltiples intereses del escritor. Una selección de los mismos ofrece el volumen titulado *Francisco de la Maza. Obras escogidas*, publicación del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM y el Comité Organizador San Luis 400, con motivo del cuarto centenario de la fundación de San Luis Potosí.

A Francisco de la Maza, nacido en la capital potosina en 1913 y muerto en 1972, corresponde el mérito de haber abierto el camino hacia los estudios iconográficos para la mejor comprensión del arte novohispano. Su labor de investigación se adelantó así a los trabajos de Erwin Panofsky, ahora mundialmente conocido por sus obras sobre metodología de interpretación iconográfica. De la Maza desarrolló su propio método aplicándolo al estudio del *art nouveau*, o

bien al arte colonial en el examen de iglesias, cuadros, altares, rejas y retablos.

"La Capilla del Rosario, Puebla", ensayo que se reproduce en el libro en cuestión, está considerado un estudio monográfico y magistral que hace gala de erudición en la interpretación iconográfica de este templo mexicano perteneciente al estilo del barroco, en el estado de Puebla. Estamos ante una exposición de primera línea que aborda el análisis de fachadas, retablos, rejas y muebles de dicha capilla. Una valoración que trata extensamente la construcción de esta iglesia según la estética, los valores arquitectónicos y decorativos y el especial credo religioso predominante en la vida social del México colonial.

Pero Francisco de la Maza fue un estético devoto del arte mexicano en todas sus manifestaciones, un hombre abierto en su concepción del mundo que incluía en sus inclinaciones desde el arte prehispánico hasta la literatura griega, y un crítico respetado y admirado cuyos juicios de valor quedaron expresados en estos ensayos.

Como autor mexicano su divisa era la siguiente: "Nuestro arte, lo más vale-